

EL INFANTE PAPA RAZI

por: eduardo warnholtz

1er semestre 2014

EL INFANTE PAPA RAZI

por EDUARDO WARNHOLTZ

*

Mi mente no podía detenerse. La obsesión crecía incontrolablemente hasta llegar a la compulsión. No cesaba de imaginar lo que sería captar con mi cámara Kodak *Instamatic*, prácticamente desechable, el rostro, según yo, de la niña más bonita de toda la escuela primaria. Yo calculo que si éramos doce grupos de cuarenta alumnos cada uno, entonces nos encontrábamos atrincherados cuatrocientos ochenta estudiantes, de los cuales, doscientos cuarenta eran niñas.

GS era una entre esas doscientos cuarenta, es decir que representaba el 0.4 % de toda la tediosa y agobiante escuela; no llegaba a ser ni una en cien. ¿Acaso el resto de las niñas estaba para llorar, para darse un tiro en la cabeza o para pegarle a dios. No lo creo. Se supone que un niño de diez u once años no debería ser tan estricto en sus gustos sobre quién es más o menos bonito, pensando que entre más chico es uno, más asexual. Es muy común pensar que a los niños no les gusten las niñas, pero también existe lo contrario, los expertos lo llaman precocidad. ¿Qué es eso? En aquella época yo no tenía idea de lo que era darse un beso en la boca con otro ser humano, ya sea del sexo opuesto

o del mismo, ni tampoco lo deseaba conscientemente. De la misma forma me era indiferente experimentar lo que se sentiría tomarse de la mano con una compañera, sobre todo enfrente de mis amigos o de mis padres y hermanos, es más, ni siquiera conocía grosería alguna o mala palabra. A lo mucho que mi desfachatez llegaba, era a decir la palabra caca.

Aunque hasta la fecha la gente no lo cree así, tengo momentos muy profundos de retraimiento, a pesar de que soy una persona sociable y con buen sentido del humor, pero ante una niña con caireles pelirrojos que parecía una muñequita en aparador, mi timidez se exponenciaba. Lo único que me permitía salir de este escollo era un aparato llamado cámara fotográfica, la cual me permitiría arrebatarse su rostro y convertirlo en una imagen que me permitiera verla repetidas veces y cuando me diera la gana. Lo que más me interesaba de su fisionomía era su cara, independientemente de que ella era alta y delgada.

Mi cámara fotográfica era muy limitada. No estoy seguro pero creo que fue un regalo que me dieron los “Reyes Magos”; era de esos aparatos que usaban los explosivos flashes de manganeso llamados “magicubos”, cuatro flashazos en una cajita. Con esa baratija, por supuesto que no me podía acercar a ella apretando un simple botón, todavía no existían los “zooms”, tenía que hacerlo yo mismo, a pie, desplazándome cuidadosamente para no espantarla y para sorprenderla, debía aproximarme físicamente para obtener un *close up*, lo cual me resultaba prácticamente imposible. Siempre asustaba a mi presa fastidiándola

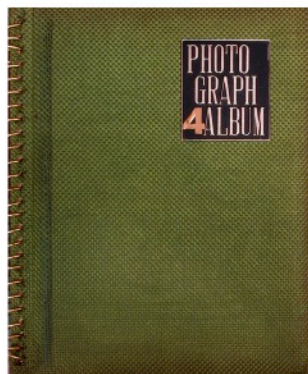
durante todo el año escolar a causa de mi neurosis obsesiva compulsiva. Ya ni hablar de mis metas fotográficas... puros fracasos y tristezas. Pero así somos los necios.

Tomé varios rollos con aquella cámara. Recuerdo que al revelarlos no había ninguna fotografía que llenara mi apetito visual ni mi insipiente voyerismo infantil. En ninguna foto aparecía aquel rostro como yo lo quería o imaginaba en mi deseosa mente: perfecto. Ella –la niña–, siempre saldría movida, jetona, bloqueando con su mano o brazo su rostro; sus mismas compañeras le hacían bolita para que yo no pudiera acceder a ella. Qué pesadilla, tener que luchar por una meta inalcanzable y, al mismo tiempo, sentirme culpable por mi comportamiento. Esto se convirtió en un círculo vicioso: la búsqueda de un ideal sumado a un sentimiento de culpabilidad.

Lo único que conservo de todas las fotografías que tomé son dos imágenes reencuadradas, aproximadamente del tamaño de una foto de credencial. Nunca me pude aproximar al rostro de aquella niña como hubiera querido. Si Robert Capa¹ viera estas “operas primas” de niño paparazi diría que no me acerqué lo suficiente. ¡No pude y no pude! Qué frustración, qué fracaso, qué desilusión, qué desánimo y, también, qué falta de cooperación de GS.

¿Pero en qué estaba pensando?, ¿por qué no desistir a esta tarea?, ¿qué no tenía otras cosas más importantes, que perseguir como un demente a una niña con una cámara de juguete? Realmente qué es lo que yo quería: ¿una fotografía de su rostro, o que fuéramos amigos o novios?, ¿presumirle a mis compañeros y maestros que podía ser amigo de la

niña más bonita de la escuela? Yo creo que mi narcisismo pueril ya estaba muy revolucionado.



Álbum familiar # 4

(arriba) GS en color, esquina superior derecha.

(abajo) GS en blanco y negro, esquina superior derecha

México, D.F., 1971

Aún no me queda claro mi comportamiento. Mis Amigos y amigas no tenían ese magnetismo, porque no formaban parte de ese 0.4% de la escuela. Así fue; en ese instituto, para mí existió una niña fuera de serie, o de lugar, o de colegio o de país; porque no había ninguna otra alumna que, ni en un ápice, igualara su belleza.

En realidad, el concepto de belleza con que he etiquetado a GS reside en mis propios ojos; no hay nada objetivo ni universal en tal concepto, porque este último se encuentra no en la persona de GS sino en mi propia mirada y contemplación, dicho de otra manera, en mi percepción. Las imágenes que conservo, y todas las demás que solo fueron un intento, porque ya no existen, creo que tenían, por un lado, el fin de despertar envidia y deseo en quien las viera, y por el otro, de crearme un *statu quo* dejando plasmada una imagen que se convirtiera en un prototipo único de belleza.

Darwin lo planteó de la siguiente manera: *Si todos estuvieran cortados por el mismo patrón, no existiría nada parecido a la belleza.*² No puedo imaginarme a todas las niñas de la escuela cortadas con la misma tijera, por tanto, el cálculo del 0.4%, perteneciente a GS ya no tendría ningún sentido.

La fotografía podría darme la oportunidad de capturar, parcialmente, ese prototipo; las fotos funcionarían como testimonio de aquel acontecimiento en mi infancia. El material fotográfico, como los negativos –que hace años los perdí–, o los dos pedacitos de fotografía que están pegados en un álbum familiar –uno en color y el otro en blanco y

negro— es la única prueba de que GS efectivamente existió y fue, a pesar de todo, un recuerdo y parte importante de mi vida.

Mi apasionada obsesión por la belleza de una sola niña reflejó el funcionamiento más elemental de mi instinto, y al mismo tiempo la obtención de un placer básico en mi infancia. Admito que no he dejado de sopesar el aspecto de otras personas; noto lo atractivo de cada cara que veo y fotografío de forma automática, y con la rapidez que se reconoce a alguien. Parece que en el cerebro tenemos una especie de radar. Solo un estado profundo de depresión me impediría reaccionar ante la belleza física.³ Pero ¿qué es la belleza? Es algo que tan solo se reconoce. Experimentamos la belleza al verla, pero no podemos explicar cómo es. Por lo tanto, el ideal de belleza siempre será un mal entendido, aun así, no dejamos de sentir una atracción subjetiva por lo bello.

La belleza es eso indescriptible que sucede cuando alguna persona entra a algún lugar y todo el mundo se queda callado, esa mujer que para el tráfico, ese hombre que las deja babeando. Todo esto, definitivamente, se podrá explicar de forma racional, pero cómo será posible que un niño lo conceptualice a sus escasos once años, simplemente lo vive ¡y ya!

Los niños son sensibles a la belleza desde muy pequeños, y aprenden a determinar qué es bello y qué no por su educación: padres, amigos y el medio socio-cultural en que se desenvuelven. No necesitan que les den clases para que aprecien lo bello. Un buen ejemplo es la experiencia de uno de los mejores fotógrafos de moda en todo el mundo.

Me refiero a Richard Avedon⁴, que a sus nueve años de edad fue iluminado por la belleza de su pequeña hermana de siete años. Sus primeras fotografías son de ella, Louis. Uno de estos negativos terminó pegado en la piel de Avedon, esperando que el sol le quemara la piel y le creara una imagen positiva en su hombro. Louis se convirtió en un paradigma en el trabajo profesional del fotógrafo al remitir aquella belleza a sus modelos preferidas.

Desde que conocí a GS no he dejado de tomar o hacer fotografías. Soy fotógrafo aficionado desde los 7 años, fui un *paparazi* con aquella niña de risos, y profesional desde hace más de 25 años; casualmente me dedico al retrato editorial.

En aquel tiempo, me refiero a principios de los setenta, difícilmente cualquier niño llevaba consigo un aparato fotográfico a todas partes. Había que comprar los rollos, llevarlos a revelar, esperar uno o dos días, y luego recoger y pagar las fotos, esperando que alguna saliera “bien”, es decir, que “se viera algo”; entonces si se veía algo, popularmente se decía: “sí salió”.

No recuerdo a ningún compañero o compañera que cargara con su cámara en la mochila, junto a los útiles escolares y el “sándwich”. Pienso que yo lo hacía porque necesitaba descargar mucha energía. La escuela primaria me pareció un verdadero martirio; viví gran parte de mi niñez sumamente presionado por el director de la escuela en complicidad con mi madre, parece que se pusieron de acuerdo en que yo, un niño inquieto, necesitaba mucho control y disciplina. Las horas de trabajo dentro del Instituto eran en estricto silencio, y la metodología de estudio estaba sustentada en la

mnemotecnia, es decir, en memorizar hartas listas de preguntas y respuestas, tanto en horas de clase como haciendo la famosa y fastidiosa tarea en casa. Por tanto, la escuela duraba todo el día, incluso los fines de semana precedentes a los exámenes parciales y finales.

Nunca fui un niño de dieces pero tampoco un niño problema que no pudiera con los exámenes, afortunadamente nunca me consideré ni me he considerado un inepto. Si bien me iba, sacaba un nueve y, si mal, un seis; pero para el sistema escolar esto no era suficiente para recibir una medalla al final del año, y mucho menos una banda de honor, ésa, solo la recibían los estudiantes con diez de promedio en todas las materias, los famosos “cerebritos” o, en su defecto, “los matados”.

¿Por qué no existía la materia de fotografía en la primaria? Pues porque el sistema de educación en México, hasta la fecha, nunca ha considerado a la fotografía como una actividad digna de ser una licenciatura universitaria, y sobre todo en aquella época no pasaba de ser un *hobbie* o un oficio changarrero. Seguramente hubiera reprobado con las pésimas imágenes que obtuve del rostro de GS, o todo lo contrario, que algún profesor me dijera cómo hacer un retrato, cómo usar la cámara, y lo más importante, cómo convencer al modelo, cómo acercarme a GS. Sin embargo, lo que vale la pena es hacer, o intentar hacer lo que a uno le motiva; definitivamente esta forma de pensar ni de chiste me la enseñaron en esa escuela. Lo poco que recuerdo es que aprendí a memorizar datos.

En ese mismo año escolar me llevaba con otra niña, que si bien no era un 0.4%, si tenía una agradable sonrisa y una hermosa mirada. Convivíamos en la banda de guerra y en el coro de la escuela. A ella no le incomodaba que le tomara fotos, por lo que nunca me obsesioné por retratarla. Conservo solo una imagen de ella, en la cual no se percata de que le tomé la foto, y aparte está totalmente fuera de foco. Nos decíamos novios a pesar de que nunca nos tomamos de la mano ni tampoco nos besamos; simplemente nos enviábamos recaditos para saludarnos y desearnos lo mejor dentro de la escuela. Nos buscábamos con la mirada y nos sonreíamos. Otra motivación para ir a la escuela. Ella fue mi primer amiga y mi primer amor, el amor de la infancia. Por cierto, cuando los papás de esta chica se enteraron que éramos novios, acudieron a la oficina del director y enviaron por mí para prohibirme volver a dirigirle la mirada, sonreírle o enviarle algún recadito. Inmediatamente después, por haber tenido una novia, fui reprendido a reglazos en las manos.

Regresando a GS, ¿por qué la obcecación de fotografiarla? No tengo una respuesta concreta, puras especulaciones relacionadas con el acto de fotografiar algo o alguien que cimbra el interior de uno. Será eso que llaman estética, belleza, algo real, algo verdadero o algo bueno. Safo así lo afirmaba: *lo que es bello es bueno...*⁵. En cierto modo, con base en el cuerpo humano, lo bueno y lo bello son sinónimos. La causa inmediata de la belleza física es la supuesta belleza o salud interna; de ahí que la fealdad se le atribuye a los malos, locos, peligrosos y enfermos.

Por lo tanto, se espera mucho de las personas con belleza, porque se les ha dado más que a otros. Esperamos que la gente atractiva sea mejor en todo; suponemos que son más felices en su matrimonio, que adquieren mejores empleos, y que mentalmente son más sanos y estables. Damos por supuesto que la gente bella lo hace todo mejor y se la pasa mejor.

Todas estas expectativas, precisamente comienzan en la infancia. Unos investigadores, en una escuela en Misuri, Estados Unidos, repartieron entre profesores de cuatrocientas aulas, una boleta para calificar a un niño de quinto año de primaria. A unos profesores les adjuntaron al documento una foto de un niño bonito; a otros maestros, la foto de un niño feo, y a un tercer grupo de docentes no se les adjuntó imagen alguna. Los resultados fueron que el aspecto de los niños cambiaba la opinión de los profesores en cuanto a su evaluación; los alumnos más guapos eran calificados como más inteligentes, más sociables y mejores compañeros; por lo tanto, los alumnos bellos obtenían mejores notas que los feos, pero los profesores que no tenían referencias visuales se basaban únicamente en la información que contenía la boleta del estudiante; de tal manera que la ventaja desaparecía. A este fenómeno se le denomina “efecto de la aureola”⁶.

GS poseía esa aureola, ella me significó aquella niña flamante, salida de un cuento de Disney, que no podía ser más que un sueño, un verdadero amor platónico. Era lo único rescatable, en cuestión de belleza, que existía en esa miserable escuela. Tenía que despabilarme y tomar cartas en el asunto, es decir, coger la cámara y aprehender el rostro

de esa niña a como dé lugar, y al mismo tiempo no dejar de memorizar una infinita lista de preguntas y respuestas que debía aprender día con día.

Jamás me pasó por la mente que existiera el amor, ese término que en todos lados se escucha, concepto manoseado por todo el mundo pero que nadie se lo explica a uno con peras y manzanas. Lo único que me quedó claro es que conocí, con mucha intensidad, la parte exterior y más superficial de un ser humano, una estúpida necesidad por un rostro y una absurda exigencia por obtener un retrato.

GS representaba el fenómeno de la otredad. Un sujeto extraño, insólito, raro, especial, excepcional e infrecuente; que se aparece en otro salón de clase, en el recreo, en días de la bandera, en días de las madres, en ceremonias de fin de curso, pero nunca en el salón de castigados al finalizar las clases regulares; tampoco fue golpeada con una regla de madera que medía 100 cm, conocida como “el metro”. Ella no era inquieta, era seria y silenciosa, estudiosa y consentida de los maestros y, por supuesto, del director. Tal vez por eso, “calladita se veía más bonita”.

Actualmente, la cámara fotográfica, después de cuarenta y dos años, me ha abierto muchos lugares y me ha llevado a conocer y retratar a gran cantidad de personas, pero con GS sucedió todo lo contrario; el capricho me hundió, el fracaso no lo toleré y mi decepción la arrastré hasta ahora que se me ocurrió buscarla.

**

Inicialmente, solo quería hacer un análisis comparativo entre una de las fotos que le tomé a GS en la escuela y un retrato que encontré en las redes sociales en internet. La ociosidad que brindan éstas, como el mentado “libro de las jetas”, en inglés *Facebook*, me llevó a curiosear y buscar algo sobre GS. Aparecieron como diez GS, de las cuales solo cuatro aparecían con imagen; no necesité buscar más, el primer retrato era de una señora que presentaba, prácticamente, los mismos rasgos que el retrato en color que yo le hice cuando ella tenía nueve años.

Las otras GS, las que tenían imagen, no se parecían en absoluto a la que yo buscaba, y en las que no figuraba retrato alguno; todas vivían en otro estado de la república mexicana o en otro país. Aún así, podría haber sido alguna de ellas. Se me ocurrió, entonces, no nada más hacer dicho análisis comparativo, sino saber qué opinaba ella sobre el hecho de haber sido perseguida durante un año escolar por un niño *paparazi*.

En el FB no podía solicitarle a GS que fuéramos amigos, concepto que las redes sociales lo traducen como un sinónimo de aceptar una comunicación escrita, o a través de iconos o imágenes entre dos o más personas: ¡eso es una amistad en el “libro de las jetas”! Pero así dice el botón: PARA VER LO QUE ELLA COMPARTE CON SUS AMIGOS, ENVÍALE UNA SOLICITUD DE AMISTAD.

Yo sabía que GS, al identificar mi nombre, me rechazaría inmediatamente; cómo puedo ser amigo de ella si nunca lo hemos sido. Entonces, en un apartado de la página del FB dice: MENSAJE, ahí escribí:

HOLA GLORIA. ANTES QUE NADA, QUISIERA PREGUNTARTE SI TÚ ESTUDIASTE LA PRIMARIA EN EL IVC. SI ES ASÍ, QUISIERA PEDIRTE UN GRAN FAVOR, DE LO CONTRARIO, HAZ CASO OMISO A ESTE MENSAJE. TE PARECERÁ EXTREMADAMENTE EXTRAÑO ESTE TEXTO. YO FUI AQUEL NIÑO QUE TE ASEDÍO UN BUEN TIEMPO CON UNA CÁMARA FOTOGRÁFICA EN LOS RECREOS DE LA ESCUELA. NUNCA ME PERCATÉ DE MI IMPRUDENCIA HACIA TU PERSONA. DE LO QUE SÍ ME DI CUENTA ES QUE INICIÉ MI CARRERA DE PAPAARAZI MUY TEMPRANO, DE TAL MANERA QUE, DESPUÉS DE ALREDEDOR DE CUARENTA AÑOS QUE HAN PASADO, MI PROFESIÓN TERMINÓ SIENDO UN FOTÓGRAFO PROFESIONAL Y MAESTRO EN ARTE. ACTUALMENTE ESTÁ ABIERTA UNA CONVOCATORIA POR PARTE DEL CENTRO DE LA IMAGEN PARA EL “PREMIO NACIONAL DE ENSAYO SOBRE FOTOGRAFÍA 2014”. POR TANTO, ESTOY ESCRIBIENDO UN TEXTO TITULADO: "EL INFANTE PAPAARAZI" EN DONDE CUENTO CÓMO, EL LOGRO DE UNA TOMA FOTOGRÁFICA, PUEDE SER UN MOTIVADOR DE OBSESIÓN PARA CONSEGUIR UN OBJETIVO, EN ESTE CASO, SOLO UN RETRATO DE TU ROSTRO. BUENO, PODRÍA SEGUIR CONTÁNDOTE MÁS, PERO NO SÉ SI TE INTERESE AYUDARME CON DICHO PROYECTO. QUISIERA SABER TU OPINIÓN AL RESPECTO EN ESA ETAPA DE TU VIDA. LA FRUSTRACIÓN QUE SENTISTE AL SER PERSEGUIDA POR UN NIÑO IDIOTA CON SU CÁMARA. NO SÉ; LO QUE HAYAS VIVIDO EN AQUELLOS MOMENTOS. NO TE PIDO QUE SEAMOS AMIGOS PORQUE NUNCA LO FUIMOS, PERO EL DESEO DE APROPIARME DE TU IMAGEN ME INICIÓ EN LO QUE AHORA SOY. TE ESCRIBO EL LINK DE MI PÁGINA PARA QUE VEAS MI TRABAJO Y, AHÍ MISMO SE ENCUENTRAN ALGUNOS ESCRITOS. OJALÁ ME RESPONDAS, DE LO CONTRARIO MI ENSAYO FINALIZARÁ CON ESTE MENSAJE. SALUDOS.

El FB me solicitó que por la módica cantidad de \$3.80 pesos MXN, cargada a la tarjeta de crédito, el mensaje se colocaría en su muro, de lo contrario aparecería en quién sabe dónde y probablemente nunca lo leería. Así lo hice, y cuál fue mi sorpresa que GS me contestó:

HOLA EW, ME DA GUSTO SALUDARTE Y QUE ME HAYAS ESCRITO, ES INTERESANTE TU PREGUNTA, PERO ME TOMARÁ TIEMPO PARA CONTESTARTE, YA QUE EL TIEMPO NOS VA ENSEÑANDO Y DICIENDO MUCHAS COSAS. YA TENGO TU CORREO Y ESTAREMOS EN CONTACTO. TE FELICITO POR TU PÁGINA, ES REALMENTE BUENA, Y EL DEDICARTE AL ARTE TE HACE UNA PERSONA SENSIBLE. MUCHOS SALUDOS. GS. Y SI SOY LA NIÑA DE LOS RISOS QUE ESTUDIÓ EN EL HONORABLE IVC.

Al día siguiente continuó...

BUENO, MÁS QUE FRUSTRACIÓN, YO PEDÍA NO ME FUERAN TOMADAS ESAS FOTOGRAFÍAS, Y ME MOLESTABA MUCHÍSIMO QUE ME PERSIGUIERAS INSISTENTEMENTE PARA HACERLO, PENSABA QUE NO ENTENDÍAS EL LENGUAJE QUE YO TE QUERÍA TRANSMITIR, QUE NO ME INTERESABAS, Y EL PORQUÉ NO ENTENDÍAS QUE TE ALEJARAS, Y LE TOMARAS FOTOS A OTRA NIÑA O A OTRAS COSAS. RECUERDO PERFECTAMENTE QUE YO RECURRÍA CIERTAMENTE A QUIEN ME PUDIERA PROTEGER, PUES HASTA MIEDO LLEGUÉ A SENTIR QUE NO SE TE QUITARA ESA OBSESIÓN. HASTA QUE POR FIN TERMINÉ LA PRIMARIA, YA NO TE VOLVERÍA A VER.

EW, TAL VEZ PODRÍAMOS PONERNOS EN CONTACTO TELEFÓNICAMENTE O POR CORREO; TE LO DOY: gs@hotmail.com. ME GUSTARÍA SABER CÓMO TE ENCUENTRAS Y QUÉ ES DE TU VIDA PERSONAL. SALUDOS.

ESPERO TE SIRVA MI COMENTARIO PARA TU ENSAYO O LE PODAMOS AGREGAR ALGO MÁS, PUES MI OPINIÓN ES MUY SENCILLA PARA LO QUE ME IMAGINO ESTÁS ESCRIBIENDO.

Probablemente su respuesta no fue suficiente para el objetivo de mi ensayo. Le envié mis datos: teléfonos, página web y correo electrónico. No pasaron muchos días, cuando me llamó al celular; prácticamente me quedé sin habla. Pensé: ¡qué milagro!, ¡qué agradable sorpresa! Nunca supe qué decir. Solo le dije que me daba gusto recibir su llamada y,

sobre todo, poder entrevistarla personalmente. Quedamos de vernos en un café, y ahí estuvimos los dos puntualmente.

Efectivamente, las imágenes del FB nos permitieron identificarnos mutuamente; a pesar de que ya no somos unos niños de nueve y diez años, sino cuarenta y dos años más viejos. El referente de las fotos en cuestión llevan nuestras mentes al pasado, porque estar frente a la señora GS fue un acontecimiento del presente que no tiene nada que ver con todo aquello que mi mente construyó a través de dos imágenes de principios de los años setenta. Para mí, GS niña y GS señora son dos personas diferentes con el mismo nombre y con cuatro décadas de diferencia entre ambas. Algo empiezo a conocer de la mayor –cincuenta y dos años– y nada de la menor –nueve años–, solo aquellas dos imágenes fotográficas.

Si intentara reconstruir cómo fue la vida de GS, esto sería un ejercicio fantástico de mi imaginación, podría pensar que el desarrollo físico de una niña tan hermosa tendría que pasar por agencias de modelos y, consecuentemente, por artículos y portadas de revistas, desfilas por las principales pasarelas de moda, nacionales e internacionales, y después, el salto a la pantalla chica, al teatro, al cine, a obtener el grado de celebridad y, por tanto, consecuentar o lidiar con verdaderos paparazzi. Tal vez, la vida de GS sería la de una mujer inalcanzable por su fama y fortuna.

Así es como he imaginado e idealizado el desarrollo físico y profesional de una niña que, después de muchos años, volví a ver. Esto no fue más que una mente huyendo de la

realidad, y una regresión a ese niño precoz que no quería aceptar la imperfección del mundo.

Después de tanto tiempo me entero que GS no se dedicó a la farándula, no fue modelo, no fue actriz, y nunca salió en una portada de Vogue. Simplemente fue una mujer conservadora, chapada a la antigua y, sobre todo, protegida y cuidada por sus padres y hermanos. Sin embargo, su rostro ha llenado las portadas de mis revistas, esas que mi imaginación ha creado y las ha archivado en una colección privada —el álbum familiar. La imagen de su rostro la considero un trofeo, a pesar de que nunca estaré satisfecho por los resultados fotográficos. Fue la primera presea en mi carrera profesional; un premio a la depredación de la belleza.

Fue toda una experiencia perseguir con mi cámara a una niña, aunque los resultados obtenidos simplemente fueron dos registros fotográficos del pasado, de lo que ya fue, de algo muerto; de un cadáver. La imaginación con base en lo vivido hace que las cosas y las personas sigan dentro de cada quien. GS, la señora, está en mi mente, en mi memoria, pero su imagen de niña está en un pedazo de papel llamado foto, que no puedo ni podré revivir.

Como maestro de fotografía, lo anterior se ha repetido a través de alumnos principiantes que lo primero que quieren retratar es a alguna persona que les guste, a su 0.4% de la universidad en la que estudian, y la persiguen por toda ella. A mí me pasó en la primaria, pero a muchos les sigue pasando en todos lados y a todas las edades; por lo tanto, la

cámara en conjunción con sus respectivos objetivos –lentes– son armas de dos filos, porque son herramientas de acoso, de compensación de frustraciones afectivas, emocionales y sexuales.

A ella le afectó que “El Villa”–así le decíamos a la escuela primaria– tardara un año más en construir el edificio para los alumnos que cursarían el nivel de secundaria, por lo tanto, sus papás la inscribieron en una escuela comercial que ellos mismos eligieron: “te vas a comercio y punto”. Fue una joven dedicada a la escuela, a su casa y a su mamá. A la antigüita. Después estudió la preparatoria pero no pudo ingresar a la universidad; no fue admitida en la UNAM.

A GS le hizo daño eso de ser el rostro o la niña más bonita de la escuela, porque tanta seguridad que le brindaron, tanto la familia como los maestros, la volvieron muy insegura; tal pareciera que la habían introducido en una burbuja de cristal, aislada de cualquier situación externa que la pudiera dañar. Desde bebé siempre fue bonita. Todo el mundo la cargaba, la gente se admiraba y siempre fue muy consentida. La doctora en psicología, Nancy Etcoff⁷, dice que las madres de los recién nacidos más guapos pasan más tiempo abrazándolos, mirándoles a los ojos y cantándoles. Las madres de los recién nacidos menos guapos dedican más tiempo a atender las necesidades del niño, y se desentienden de ellos más fácilmente.

Cuando GS va creciendo se da cuenta de que en la vida, ser bonita no lo era todo, tenía que aprender a enfrentarse al mundo, pero la sobreprotección de su madre le dificultó

dicha tarea. Por ejemplo, le era muy difícil subirse a un camión, porque por ser bonita, cualquier hombre que la mirara la podría perseguir o hacerle daño. Así fue creciendo, muy prendida a las faldas de su madre –su mamá gallina.

Terminó la prepa y comenzó a trabajar como secretaria a nivel dirección en una institución gubernamental; su mamá la recogía al terminar el trabajo para evitar que utilizara cualquier tipo de transporte público. Siempre protegida por ser “la niña bonita”, de tal forma que ella misma afirma que el mundo maldoso no lo conoció. Lo que sí conoció fue a su futuro esposo, amigo de sus hermanos, y después de cuatro años de noviazgo se casó con él y tuvo dos hijas.

Duro veinte años de casada hasta que surgió una separación. Un distanciamiento muy doloroso. Ya separada, se enferma su esposo y comienza a trabajar como secretaria y asistente en la empresa de su hermano, posteriormente se va a trabajar con otro de sus hermanos –arquitecto–, el cual tiene su despacho en el mismo lugar donde vive su mamá. Muere su esposo, pero desde que se separaron, nunca volvió a hablar con él; no arreglar sus conflictos y no despedirse de él le ocasionó un trauma muy grande. El trabajo con su hermano se tornó, por lo tanto, muy complicado porque emocionalmente GS estaba muy mal pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de lo duro que es sostener y mantener, sin lujos, a su familia.

Sus dos hijas trabajan y estudian, pero ¿qué pasa con la vida de GS fuera de su trabajo? Se encierra mucho, no le dan tantas ganas de salir, sobre todo después de trabajar con su

hermano. Le gusta estar sola en su casa, su soledad la saborea. Hace tiempo estaba llena de recuerdos de su marido porque se quisieron mucho. En este momento se encuentra en un estado latente, todavía no despierta completamente. Fue tanto el amor a su esposo que... no desea salir ni conocer a nadie.

Le gusta mucho dormir, y cree, probablemente, que se trate de un estado psicológico de depresión, pues hace tres años que murió su marido y apenas lo está superando; sin embargo, trata de ver la vida de forma positiva.

¿Qué va a pasar con GS? ¿Acaso sus hijas van a hacer su vida y ella les va a valer un gorro? GS tiene la idea de que a sus hijas les vale si su mamá se queda sola o no, y esto lo considera porque así es la vida. Le pregunté si ha pensado estudiar una carrera universitaria. Ella me contestó que no, que está en una etapa de desidia y de conformismo, por eso se dedica más a su casa. Luego me dijo: *Ahora que me buscaste, pues sí, vamos a tomar un café. ¿Por qué no? Lo que pasó en la primaria, que me molestabas, no fue para tanto, ya pasó.*

GS es una amiga que nunca tuve y una persona que marcó mi vida profesionalmente. Comprendí lo que significa ofender a alguien con la cámara. Aprendí que con la misma, al principio la usaba como un instrumento de cacería, ahora es un instrumento que sirve para salirme con la mía. En esencia, pues es lo mismo.

No pude entablar una relación humana con GS porque me puse un aparato en la cara y perdí el contacto visual. La cámara me protegió como un escudo. Ahora, con un telefoto y mucha discreción puedo escanearle todo el cuerpo a cualquiera y no se da cuenta. El fotógrafo, junto con su equipo fotográfico, es intrusivo, voyerista y perverso. Todo esto lo he ido aprendiendo, por ejemplo, con alumnos que están en la edad de la punzada con las hormonas a todo. Toman fotos de la niña o el niño que les gusta, y los resultados son de personas en actitud defensiva si se percatan del fotógrafo, o acercamientos muy interesantes tomados a larga distancia. Esto siempre me he recordado a GS. Cuando la cazaba y le caía mal.

Se podría pensar, que después de tantos años podría ser interesante hacerle un retrato a la señora GS ahora que nos encontramos en un café. Lo pensé. Una foto de ella platicando, otra de ella sonriendo, otra en donde los dos estemos posando para la cámara, luego subirlas al libro de las jetas, al “tuitter”, y al final, ponerlas en estas páginas. Todo esto para que el lector de este ensayo pudiera ver el proceso de envejecimiento en cuatro décadas. Sin embargo, a pesar de que las fotografías tienen ese poder de ser la extensión de la memoria, también nos han atrofiado la misma. Dependemos de lo que vemos y no de lo que recordamos en nuestra imaginación. Por esta razón, decidí no tomar ninguna foto, incluso no llevar cámara alguna. La imagen de la actual GS está en mi mente, en mi imaginario, y así es como quisiera que, quien lea este texto, la imagine como se le de su gana. Esto es lo más maravillosos que le puede ocurrir a un ser humano que no utiliza ninguna clase de aparato fotográfico.

Platicar con GS personalmente fue un acontecimiento que me aclaró lo que pasó en la escuela primaria; fue algo pasajero, tan solo una experiencia incómoda para ella y la confirmación de que yo fui, soy y seré una persona necia, obstinada, obsesiva, o si lo quiero ver positivamente: tenaz, echado pa'delante, que consigo mis objetivos y que me puedo “morir en la raya”.

Sin embargo, la conversación con GS no me respondió a la pregunta de por qué me obsesioné con retratarla durante un año escolar. Entonces decidí dar un paso más profundo y consulté a un psicoanalista⁸ para que me ayudara a esclarecer mis dudas.

Comenzamos la sesión psicoanalítica viendo las dos fotografías de GS. Lo primero que AC –el psicoanalista– me comentó, fue de la importancia que ahora juegan las imágenes tomadas hace décadas como documentos históricos y sociales y, al mismo tiempo, cuestionando en lo que se pueden convertir, en el futuro, las imágenes digitales generadas actualmente, ya que son tantas, son visibles e invisibles, y se almacenan en espacios virtuales; lo que las hace tan diferentes a aquellas que quedan guardadas y atesoradas en un álbum familiar dentro de un librero o colgadas en la pared, en un marquito y descoloridas.

También relacionó nuestro encuentro con una terapia psicoanalítica que desarrolló la psicóloga Fina Sanz⁹, denominada “Fotobiografía”, la cual está fundamentada en la teoría psicológica de pruebas proyectivas; es decir, que los recuerdos que una fotografía genera

no son fotográficos sino una construcción de los recuerdos que van generando historias. Por lo anterior, es esencial considerar que las imágenes fotográficas no dicen nada, porque nosotros somos los que hablamos por ellas.

Para comenzar a entender a ese niño obsesivo compulsivo, surgió el tema de mi padre, pues recuerdo que cuando era más pequeño, él trabajó en Orizaba, Veracruz. Entonces lo veía muy poco; mi mamá nos llevaba a verlo a mi hermana –un año mayor que yo– y a mí. Desafortunadamente no me acuerdo de esos viajes, pero el recuerdo más presente de aquella época, de mi padre ausente, fue cuando un día tocaron a la puerta del departamento en donde vivíamos; mi hermana y yo abrimos, y un señor, moreno, trajeado y muy delgado preguntó por mi mamá. Nosotros le dijimos que ella no estaba pero que no tardaría en llegar. El señor nos dijo que regresaría más tarde.

Le platicamos a mi madre de aquella visita pero ella nunca supo de quien se trataba. Pasaron unos minutos cuando tocaron nuevamente a la puerta y era el mismo señor. Resultó ser nuestro padre. Después de estar tanto tiempo en el Estado de Veracruz, pues tanto el color de su piel como su complexión física le habían cambiado radicalmente.

Mi mamá lo reconoció inmediatamente y captó que sus hijos no lo hicieron. En ese momento me cayó el veinte y me emocioné muchísimo de que ese morenazo era mi papá. Lo esencial de todo esto es que la ausencia de mi padre me llevó a tener problemas como enuresis nocturna y una neurosis obsesiva compulsiva, que no es otra cosa que canalizar mi energía en acciones que me den a cambio la atención y el reconocimiento de los

demás. En este caso, pues de quién, si mi papá no estaba. Cuando regresó de Orizaba, lo veía muy poco porque se iba a trabajar temprano y llegaba tarde; solo los fines de semana lo podía disfrutar, y descansar de mi madre, quien no cesaba de controlar todas mis acciones: despertarme, bañarme, vestirme, desayunar, cambiarme el uniforme después de la escuela, lavarme las manos, comer, hacer la tarea, es decir, memorizar preguntas y respuestas, y si terminaba temprano podía salir a jugar o ver tele; si no, pues a cenar, cepillarme los dientes y a dormir. Así, de lunes a viernes.

Pero lo que me importa, AC, es saber ¿por qué un niño puede apreciar la belleza de una niña, de tal manera que se pueda convertir en una fijación? y ¿cómo es posible que, a pesar de saber que a la niña le incomoda, un niño la acose con una cámara fotográfica en cualquier momento?

Le hice estas dos preguntas al doctor, y a continuación le mostré dos impresiones de tinta a partir del escaneo de las fotografías originales de GS. Le comenté con qué cámara las tomé y las dificultades que tuve para acercarme al rostro de la niña, pues en esa época no existían cámaras con zoom integrado como los aparatos que existen hoy en día.

Al psicoanalista le llamó la atención que en una de mis preguntas mencionara la palabra acoso, y me preguntó por qué me consideraba un acosador. Esta pregunta me llevó a investigar qué significa la palabra ACOSAR, la cual está relacionada con el acto de perseguir, sin tregua ni reposo, a un animal o persona, o fastidiar a alguien. Pero también se utilizan sinónimos de acoso como ASECHAR que significa intentar engañar; ACECHAR,

es decir, observar o aguardar cautelosamente, ASEDIAR, importunar a alguien sin descanso con pretensiones, y HOSTIGAR: acosar o molestar a una persona para obtener de ella algún fin.

Entonces pensé si me considero o me consideraba un acosador. He aquí un matiz más interesante a mi comportamiento, tanto en mi infancia como ahora, en mi vida adulta y profesional. Esto me llevó a reflexionar que existe una fuerte analogía entre ser fotógrafo y ser un cazador, porque la cámara suple al rifle, y la modelo suple a la presa. Los seres humanos, al igual que los halcones, los leones y otros depredadores, miran justo al objeto en el que están pensando. Casualmente, hasta el día de hoy, y desde hace veintitrés años, me dedico al retrato editorial. El hecho de ser profesional, de trabajar para una revista que concerta una cita exclusiva, y cargar equipo fotográfico, ayuda a que la gente que posa hacia la cámara no me rechaza e incluso se exhibe más. Por lo tanto, actuar como un cazador es relativamente sencillo; la presa se coloca en el blanco, y yo disparo. Víctima y victimario están de acuerdo en cazar y ser cazado. La relación se vuelve perversa porque coinciden un voyeurista y un exhibicionista en el mismo lugar y en el preciso momento. La depredación es relativamente sencilla, solo necesito no mirar a otro lado que no sea a mi presa y que mi rifle siempre esté cargado.

Me doy cuenta que desde chico he sido un *vouyer*, más que un exhibicionista. La curiosidad sexual me vino muy pronto, muy niño. Ver o espiar es algo que me gustó, y ahora, por ser fotógrafo, se me facilita y lo sigo disfrutando. Por lo tanto, ¿existirá un perfil general del fotógrafo, es decir, que forzosamente tenga que ser un *vouyerista*?

Es muy probable. Las mejores sesiones fotográficas se dan cuando de un lado de la cámara, el modelo es un exhibicionista y del otro, protegido por un aparato a manera de una rendija, existe un *vouyerista*. Sin embargo, no toda perversión tiene que ser negativa. El exhibicionismo y el *vouyerismo* pueden llegar a acoplarse muy bien. De hecho son las dos caras de la misma moneda: ver y ser visto, espiar y ser espiado, cazar y ser cazado.

Es en este punto donde quiero explicar el nombre del ensayo: “El infante paparazi”. El término proviene del italiano *paparazzo* que quiere decir "mosquito", y entre los niños se apodaba con ese nombre a los que hablaban atropelladamente, como el zumbido de un mosco, eran muy inquietos, nerviosos, molestos e interrumpían a los demás. El *paparazi* es el singular de *paparazzo*. Ahora es una palabra que se usa para denominar al que tiene una conducta de fisgón, entrometido y sin escrúpulos mientras ejerce su oficio de fotógrafo; es el reportero o fotógrafo de la prensa sensacionalista que se dedica a perseguir a los personajes públicos en busca de un artículo o una fotografía más o menos únicos o escandalosos.

Se cree que el origen de la aplicación del término a los fotógrafos que acosan, asechan, acechan, asedian y hostigan a otras personas con sus cámaras surgió en la célebre película de Federico Fellini llamada la *La Dolce Vita*. En la película se denomina así a los fotógrafos de la *prensa rosa*. Fellini explicó que *Paparazzo* era el mote de su compañero de pupitre –Rimini– en la escuela primaria de su ciudad natal. Curiosamente, por ejemplo, la película inicia con un helicóptero que lleva colgada una escultura de Jesús para llevarla al Vaticano, pero en el camino el aparato se desvía para que los tripulantes

puedan ver, desde las alturas, a unas mujeres en bikini tomando el sol. Uno de los pasajeros es un fotógrafo. La escena del gesto de fotografiar a unas chicas coincide con el ruido molesto de un mosquito que emite el helicóptero.

El empleo del *paparazzo* es difícil, ya que hay que gastar mucho en viajes y traslados para localizar figuras públicas, además es necesario contar con los denominados "corredores de estrellas" que informen de la localización de las celebridades. La introducción masiva de la fotografía digital acrecentó el número de *paparazzo* ya que facilitaba los costos de revelado o compra de rollos fotográficos; es común encontrar en páginas de internet gratuitas o de costo, fotos de artistas en situaciones incómodas, desde simples accidentes o descuidos físicos, hasta desnudos o escenas sexuales. La paga del *paparazzo* puede variar según el trabajo que hayan logrado y se denominan "contratados" –asalariados– o "independientes" –*free lance*.

Entonces, el *paparazzo*, al cazar a sus presas obtiene sus medallas de honor. Así lo entiende AC, a pesar de que la conducta del *paparazi* es de acoso, es negativa y obedece al comportamiento de alguien obsesionado por obtener imágenes. Es paradójica la actuación. Te premian por acosar a alguien.

Cuando perseguía a GS, lo único que me interesaba era su rostro y no su cuerpo; sin embargo, para el psicoanalista el rostro hace una alusión a lo sexual, cosa que no es nada rara, pero que a mí me cuesta trabajo entender. No dudo que se me despertara lo sexual pero no de forma consciente. No podría afirmar que cuando veía a GS pensaba: ¡es que se cae de buena!, o ¡qué sabrosa está la chamaca!, o ¡A ver, cuándo gratinamos esos

molletes! Eso nunca me pasó por la mente. En la primaria, mi vocabulario más procaz era decir caca con la pena de que me lavaran la boca con jabón.

Independientemente que no me podía quitar la obsesión de captar la imagen de GS, al mismo tiempo, y de la misma generación de GS, tuve a aquella novia que ya comenté. Con ella, ni siquiera llegué a estar de “manita sudada”, solo nos enviábamos papelitos para saludarnos y desearnos lo mejor en el día, nos buscábamos visualmente y nos sonreíamos, compartíamos actividades como la banda de guerra y el coro de la escuela. Pero, a pesar de todo, nunca nos tocamos físicamente: ni besos, ni caricias, ni abrazos. Mucho menos nos hablábamos por teléfono; no salí con ella a ningún lugar que no fuera una actividad escolar. Así fue mi primer experiencia de pareja, que me creó un enorme sentimiento de eso que llaman “amor” con alguien del sexo opuesto.

Fui popular en la escuela por ser un niño constantemente castigado; hacía reír a mis compañeros, hablaba hasta por los codos y siempre fui –y sigo siendo– muy inquieto. Era una auténtico “mosquito”. Casual y paradójicamente, la escuela era casi, casi, militarizada. No se podía hablar, todo el tiempo se tenía que guardar absoluto silencio, no se podía jugar ni correr. Entonces a cualquier provocación, fácilmente uno era castigado, es decir, al final de las clases, cuando todos se iban a sus casas a comer, varios estudiantes nos quedábamos, aproximadamente dos horas, en un salón denominado: “el salón de castigados”, a hacer sumas, restas y multiplicaciones progresivas; quien terminara y diera con el resultado correcto podría irse a su casa. Así llegaba a mi casa a comer, ya tarde y agotado de la represiva y deprimente escuela.

Otra forma de recibir castigos era cuando el director se hacia omnipresente y hablaba a través de un interfono –que cada salón tenía el propio– , era una bocina con micrófono integrado colocada en una esquina superior del salón y, del otro lado del cable, en la oficina del director, estaba otro aparato similar. Cuando escuchaba algún ruido, el director decía: “fulano... ¡a la dirección!”. Ese fulano, casi siempre era yo. No tengo idea de cuántas veces al año tuve que bajar a la dirección a ser reprendido por el totalitarismo dictatorial de ese personaje, hijo de... la dueña de la escuela, que le dio la autoridad de ejercer su poder sobretodo con los niños barones, porque no recuerdo ninguna queja o comentario al respecto de alguna niña.

Yo creo que utilizó su puesto para desquitarse del trato que a él le dieron en su infancia. Bueno, la cosa es que por tal o cual comportamiento inapropiado, según las normas que el dictaba, yo tenía que ser golpeado por una regla de madera llamada “el metro”, tanto en las palmas como en los anversos. En total eran cuatro golpes ardientes, pero si yo emitía algún quejido o grito, el reglazo se tenía que repetir. Más me valía parecer un alumno mudo.

Al salir de la oficina dictatorial, no me atrevía a subir a mi salón de clase y que me vieran todos mis compañeros con la cara desencajada de dolor; así, me dirigía hacia los baños, que en horas de clase estaban prácticamente vacíos. Me encerraba en un gabinete y me sentaba en la taza a sobarme las manos y a intentar sacarme el coraje y la frustración de no saber lo que era “partirle la madre a un ojete de mierda”, yo tenía que traducir esta expresión a mi vocabulario infantil: “¿por qué yo?, esta vez, de veras que no hice ruido, no hablé, no hice reír a nadie... ¿por qué? ¡Maldito Moco! (Así le decíamos al director,

porque siempre usaba ropa verde: sus trajes, sus calcetines, sus corbatas, sus camisas; su auto era verde, las paredes de su oficina eran verdes... De tal forma que a su coche le apodamos el mocomóvil, que por supuesto tenía su quemamocos. A su mamá la llamábamos “La Verruga”, a su esposa “La flema” y a sus hijos “Los gargajos”). Ya, después de unos minutos, y aliviado del ardor de las manos, subía al salón como si nada hubiera pasado. Ante toda esta represión, yo tenía que encontrarle un sentido más divertido a la escuela.

El psicoanalista, sin comentar nada sobre lo anterior, me dice.

Dos aclaraciones: Toda la atracción, desde el psicoanálisis, que un sujeto siente hacia otro no importa que sea hombre o mujer, no importa que sea la cara o sean los pies, es una atracción sexual. En el psicoanálisis, mira que lo que nos mueve es el instinto, la libido, pues. Y la libido es energía sexual. Claro que esa energía sexual está sublimada, y al sublimarla, lo que queremos, no necesariamente es una relación sexual. Pretendemos, tal vez, convertir eso en un cariño, en una amistad, en sentir que algo nos vincula a otro como: los amigos, las novias, incluso los parientes. Si no hubiera esa libido sexual, no habría nada que nos vinculara afectivamente.

Podría ser, aunque yo no niego que esta niña que veo en las fotografías es bonita, es guapa. No podría decirte que es la más bonita de la escuela. Pero sí podría estar seguro de que era la más bonita para ti. ¿Por qué era, para ti, la niña más bonita?, habrá que explorar por ahí. ¿Por qué ella representaba lo bonito?

Al principio de esta plática, tú comentabas que prácticamente no veías a tu papá. Porque viajaba, a veces lo desconocías. Pero no me hablas mucho de tu mamá. Haces alusión a lo que no tenías, pero omites lo que sí tenías, a tu madre. Esta niña podría estar ocupando el lugar de aquél objeto de tu deseo; en este caso cabría la posibilidad de que fuera tu mamá. De acuerdo a esta teoría psicoanalítica, el vínculo que tenemos con la madre es un vínculo erótico, hace que vivamos algo que el mismo Freud denominaría el Edipo, donde dirá que el hijo desarrollará un afecto especial por la mamá, y el papá se volverá su rival, su contrincante. Pero cuando no está allí tu papá, la mamá está toda para ti, prácticamente, y no hay nadie con quien tengas que rivalizar, aquí, en el psicoanálisis, lo llaman castración. Y como no hay nadie que castre tu deseo, probablemente pienses que estás tan libre de obtener tu objeto deseado, en este caso tu madre, pero como te das cuenta que ese objeto-mamá no lo puedes obtener, entonces ese deseo lo direccionas o canalizas hacia otra persona.

Yo podría pensar, a expensas de equivocarme, que esta niña tiene algo, un pequeño detalle de tu madre; porque todos, como hijos, a la primer mujer que conocemos, a la primer mujer que deseamos, a la primer mujer que consideramos como lo más hermoso que pueda existir: es la madre. Siempre estará abierta esa posibilidad, que es completamente normal en el proceso de desarrollo de los seres humanos.

Toda esta explicación es un probable camino para responder a tu pregunta: ¿por qué esta niña se convirtió en una obsesión?

Si la fotografía –como un pedazo de papel o un simple objeto– no sirve de mucho, entonces, como una imagen que representa algo, será un medio que nos remita a muchas

cosas. Como la construcción de un imaginario. Esta construcción, en lo personal, me asusta porque duele estar rascando en lugares ocultos e inexplorados. Es el acto de meterme en mis entrañas, a partir de algo insignificante como dos fotos pegadas en el álbum familiar.

Con todo y lo que pudiera asustar aquello que encuentres relacionado a la fotografía, las construcciones, las fantasías o los recuerdos; lo que me queda claro es que tu estabas consciente de todo esto. Para prueba, basta con buscarme sabiendo que soy psicoanalista.

Lo acepto; sin embargo, no puedo ser ratón y laberinto al mismo tiempo. Por eso necesito tu punto de vista. Existen muchos huecos que no puedo llenar. Miedo... por supuesto. No es fácil descubrir cosas que uno tiene dentro de sí y que alguien te las ventile en la cara, sobre todo un psicoanalista. Quiero responder la respuesta del porqué un niño se obsesiona con retratar un rostro; ahora utilizo el término “acoso”, pero en aquél tiempo no lo conocía. Considero que mi insistencia no impedía que ella me rechazara constantemente. Pienso que si GS me hubiera permitido tomarle la foto que yo quería –un buen *close up*– mi obsesión se hubiera disminuido o extinguido.

Esa obsesión, en realidad, tenía que ver con un cierto desafío de tu parte. Al decir que eras popular por desafiar las normas de la escuela; en el caso de la fotografía, ibas en contra de lo prohibido, es decir, de las reglas de GS.

Me hubiera aburrido mucho ser un niño premiado por estar callado todo el tiempo, cumplir con todo a la perfección, ser el consentido por ser invisible y que nunca existiera

una queja hacia mí. GS encajaba perfectamente en ese perfil. Su belleza, su silencio, su buen comportamiento eran mi opuesto o, acaso ¿un complemento que tenía que capturar con un aparato en 1/60 de segundo?

Cuando me entrevisté con GS, me di cuenta de que su vida, es decir: su belleza, silencio y buen comportamiento se confinaban en una burbuja de cristal. Sobreprotegida en la escuela, por el director, maestros y compañeros; y en su casa, por sus papás y hermanos. En otros tiempos ella podría haber explotado sus características físicas, pero no fue así.

AC me preguntó si mi obsesión por ella continuó cuando la volví a ver. Él notó que no me cambió la vida emocionalmente cuando le platicué del encuentro que tuve con ella; de tal manera que me hizo reflexionar que la obsesión no era por ella, era por mí, por obtener una imagen, por robarle el rostro a aquella niña que nunca me dirigió la palabra, nunca fuimos amigos y nunca platicamos. Aunque me sigue quedando la duda si en verdad quise algo más con ella, por lo menos ser amigos, pero el horno no estaba para bollos, ella me rechazaba rotundamente.

En cambio, conocer a GS después de cuarenta y dos años y sentarnos a platicar alrededor de dos horas como si fuéramos viejos amigos, fue una experiencia insólita, porque jamás imaginé un encuentro así, es decir, con una persona que no me guardó rencor y aceptó verme y platicar conmigo. En pocas palabras, a entablar una nueva relación.

Me tranquilizó saber que yo no fui el único estudiante que la acosó en la escuela, bueno, yo fui el único en la primaria y con una cámara fotográfica. GS, al respecto, me comentó

que el ser bonita le causó problemas, sobre todo por la cuestión del acoso, me dijo: *el ser bonita, no te hace inteligente.*

La cuestión intelectual es algo que GS se reprocha; sin embargo, una cosa no tiene que ver con la otra. Ella está vinculando la belleza y la inteligencia como si fueran dos partes de un todo; tal parece que el estar encerrada en una burbuja de cristal le impidió acceder al mundo real a través de su inteligencia y no de su situación física; lo cual, en ella puede ser posible que una cosa la haya llevado a otra.

Retomando las fotografías, el doctor me confrontó con las mismas: *¿Qué te dicen estos rostros? No quiero que me los describas.* La fotografía en blanco y negro, que es la que más jala mi atención, en concreto me dice *¡déjame en paz, cabrón, ya no me molestes!* La imagen en color *¡otra vez tú!* En la primera, se puede apreciar que el nivel de la cámara le llega al cuello, GS estaba de pie, probablemente en algún recreo –descanso entre clase y clase–, y yo me acerqué lo más que pude. Efectivamente mi falta de estatura se evidencia en la imagen. En la fotografía en color, ella estaba en su salón de clase, sentada en su pupitre; yo me colé al salón, me senté en el pupitre de junto y la llamé. Ella volteó y ¡clic!, le tomé la foto. No recuerdo si ella se enojó, me dio la espalda, se paró y se fue, me acusó con la maestra, o si yo hui del salón como lo haría un buen *paparazi*; lo que importó fue que la sorprendí y le arrebaté un pedacito de su belleza, encabronada, pero finalmente lo hice.

¿Acaso este gesto fotográfico y arrebatador podría aceptarlo como una fuente de satisfacción? Por supuesto que no. Ahora lo veo más claro, por la falta de experiencia de no saber acercarme a una mujer sin la excusa o estrategia de utilizar un aparato

fotográfico. Llevar una cámara a la escuela tiene relación con un acto imitativo. Mi padre cargaba su Minolta para todos lados: en el trabajo y con la familia. Todavía recuerdo el modelo: SRT 101. De ahí, yo lo aprendí. La diferencia es que el tenía una cámara réflex con objetivos intercambiables, y yo una Kodak *Instamatic* de juguete; pero aún así, me sentía todo un señor fotógrafo.

Mi padre, como fotógrafo, aunque en realidad es ingeniero civil, cada quince días nos daba, a toda la familia, una función de diapositivas en su recámara oscurecida, y con el proyector y pantalla previamente instalados. Ahí veíamos las fotos de lo que habíamos vivido el fin de semana anterior: balnearios, días de campo, ferias mecánicas, pueblitos, ruinas arqueológicas, playas... Todo esto me daba un enorme placer, tal como sucede –no siempre– en el cine. Yo quise repetir esta sensación con la imagen de GS; vivir, nuevamente, la experiencia de haberla visto y de volverla a ver repetidas veces.

Después de varios años estudiando y siendo docente, caigo en cuenta que el problema con GS fue de comunicación; mi relación con ella fue unilateral. No le permití conocerme tal como yo era: una buena persona que no pretendía o, más bien, no era consciente del fastidio que le provocaba al rondarla. No me permití sacar lo mejor de mí mismo y crear una comunicación de ida y vuelta. Mi inseguridad, acompañada de una neurosis obsesiva compulsiva aunado a mi propio concepto de belleza, me hizo enfocarme en un solo árbol, perdiendo de vista la totalidad del bosque.

Al doctor se le hizo interesante que, al principio, yo le platicaba acerca de mi actitud extrovertida, atrevida y desafiante, pero ahora se da cuenta que mis palabras muestran lo contrario: el discurso de un niño tímido que surge como todo un fotógrafo, y aún no sabe

por qué es así. El punto, tal vez, es que la cámara me protegía, me servía y me sirve de escudo; actualmente me permite salir a la calle y hacer mi trabajo, ya sea retratando políticos, empresarios o prácticamente cualquier persona. La cámara me protege, porque nunca sé cómo me va a ir, cómo me van a tratar, si bien o mal, con groserías, despotismos, con presión, jetas, etc. El aparato enmascara mis sentimientos y mis emociones.

AC considera que la cámara no nada más me protege de que me ataquen, sino que el aparato me sirve como un pretexto para acercarme a esos personajes, que de otra manera nunca lo tendría. Y es así lo que me pasó con esta niña:

La cámara te sirvió como pretexto para intentar crear un vínculo como si en realidad tu extroversión fuera la máscara de la timidez; es decir, yo hago lo que otros no hacen, no tanto porque yo sea tan abierto, sino porque es una manera de ocultar la otra parte; la parte que, por alguna razón, ni quiero que sepan que tengo y, al contrario, la protejo porque es mi punto débil.

Por lo tanto, como a GS nunca la toqué físicamente, si lo hice con la cámara. Ahora que veo las fotos, me parece que sus labios me incitaban a darle un beso. También me remontan a las películas de rumberas, que les encontraba un gran atractivo. Estas películas fueron lo más cercano a mi educación sexual, porque mis padres no fueron muy comunicativos al respecto. En aquellos años todo parecía muy nebuloso, yo no sabía qué se sentía darle un beso en la boca una mujer o a una niña de mi edad, y mucho menos acariciarle la pierna a una rumbera; sin embargo, existía una atracción a ver esas películas. Después me di cuenta que estas cosas solo se aprenden experimentando,

viviendo y enfrentando las situaciones, porque ni con libros ni con consejos se puede aprender este asunto.

En el psicoanálisis, el mismo asunto es muy importante, va apareciendo poco a poco, a pesar de estar censurado. Son *insights*, flashazos internos que reflejan acontecimientos que parecen haber sucedido, o cosas que se han presentado. ¿Será que la belleza no trae consigo un cierto tipo de satisfacción “estética”, sino más bien, está vinculada con lo sexual? Dicho de otra manera, el niño fotógrafo estuvo motivado por su *vouyerismo*, el cual tiene que ver con lo sexual, y en estas fotografías se revela ese perfil del impulso libidinoso. Si esto es cierto, entonces ¿por qué no le saqué fotos a la otra chica, a mi novia? Esta última me hubiera permitido llegar más lejos, fotográfica y físicamente; será que ella no tenía eso que me movía como fotógrafo, y sólo llenaba esa necesidad de tener a alguien, de evitar el vacío, y de recibir afecto.

A mi madre le duele saber que odié esa escuela y al tipejo del director. He pensado que, tanto mi madre como el director eran cómplices. El yugo autoritario de la escuela se continuaba en la casa. Como si el director le diera a mi mamá un recetario o una guía de cómo debe proseguir mi educación en casa. Por eso, mi escape era mi papá, a pesar de que lo veía muy poco entre semana, pero lo disfrutaba los sábados y domingos. Hasta la fecha, él es la persona que más quiero en mi vida. Mi mamá –que también quiero mucho–, fue la imagen sustituta del director de la escuela. Fue muy castrante y marcial. Creo que lo que buscaba fuera de casa, como complemento en mi vida, era encontrar a la mamá complaciente y tierna en esa chica, o en la otra, o en la otra, pero nunca en mi madre. Tal vez, sí la llegué a encontrar –parcialmente– en mi abuela materna.

Déjame voltearte la película. Ahora no vamos a ver la foto, vamos a ver el negativo.

¿Qué te parece pensar que el director era la continuación de tu mamá en la escuela, y a lo mejor la rebeldía era por eso?

Esta pregunta me pegó duro y profundo. En primer lugar, porque ella –mi mamá– me metió en esa escuela, y en el momento de dejarme en la puerta, y yo entraba por la mañana, así como por acto de fe, mi mamá estaba segura de lo que ella quería de mí, y que la escuela, director y maestros, se encargarán de que así fuera.

Como ves, la foto de esta niña tiene que ver con muchas cosas: tu mamá, la otra chica, el papá, los amigos, los actos rebeldes. Implica que el gusto por algo nunca es lineal sino que hay una serie de cosas que confluyen para conformar, en este caso, a este niño paparazi, vouyerista, que si no hubiera vivido lo que vivió en casa y en la escuela no hubiera desarrollado el gusto por la fotografía; que en un principio comenzó acosando a una niña y luego sigue siendo acosador de otros sujetos. El vouyerismo sigue ahí, no ha desaparecido.

Pensando en todos los fotógrafos, diría que lo que hace de sus fotografías algo tan personal, no será porque cada fotógrafo rescate en ellas lo que le falta. Entonces unos captan ternura, otros agresión... Uno ya tiene la fotografía pero ésta es más que un trofeo, es ese pedacito que andas buscando para sentirte completo.

Es algo parecido a una pastilla que te metes en la boca, se deshace, queda el sabor unos instantes, desaparece y el hueco sigue. No te satisface y por eso quieres más y más. La fotografía, por la misma razón, envicia, pues nunca llenará los huecos que carga uno en la

vida; solo brinda satisfacciones momentáneas, porque al ver una fotografía estamos viendo el pasado, lo que ya fue, algo muerto; un cadáver del tiempo. Es ahí en donde al ver las fotografías de GS, me doy cuenta que sus labios forman parte de una construcción en mi presente imaginario, porque asumo que los quise besar; sin embargo, a la otra chica, la que fue mi novia y que no fotografié, no asumo ni supongo nada porque no era digna de una fotografía y, por ende, de una construcción en mi mente.

Lo anterior me lleva a la siguiente pregunta: ¿Qué o quién es digno de ser fotografiado? La respuesta está en la mente del fotógrafo, en sus valores, en su educación, en su situación socio-cultural, y en acciones que considera al tomar una fotografía, pero sobre todo, en sus deseos. En este proceso no interviene el fotografiado, solo el fotógrafo.

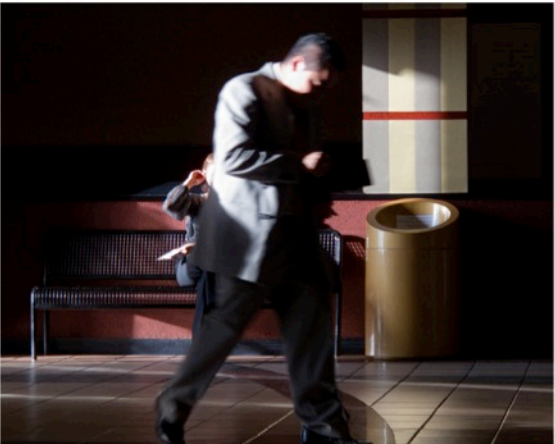
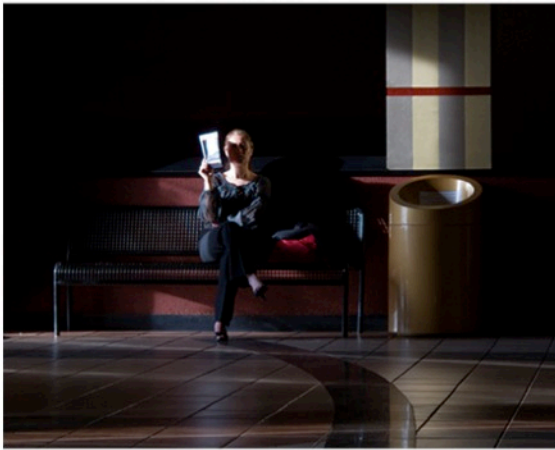
En este caso, retratar el cuerpo de GS no me interesaba, pero sí su rostro y, dentro del rostro, su boca; entonces hago un retrato del rostro porque ahí está la boca. Aparece lo que yo quise que apareciera. El recorte es muy significativo porque la foto original supongo que fue una 4x, de un minilab, y lo que está pegado en el álbum familiar son dos fotografías de 2x3 cm. Así logré que apareciera el objeto de mi deseo, consciente o inconscientemente.

Una fotografía es valiosa por todo lo que hay en ella, y por todo lo que hay de mí. Y no me estoy refiriendo a cuestiones tan solo técnicas; eso es lo de menos, aunque hay fotógrafos que solo hablan de técnica, de modelos, de todo lo que sea, menos del significado de las imágenes. Como fotógrafos, profesionales o de a pie, siempre apuntamos al objeto del deseo. ¡Siempre! El mínimo clic que hace un aficionado, sin técnica y con el equipo más elemental como sería una cámara en el teléfono celular,

tiene, sin duda, un trasfondo. Antes almacenábamos nuestras fotos en un álbum, ahora no sabemos qué pasa con la cantidad indiscriminada de fotografías digitales que cada individuo toma con su aparatito. Es una vorágine de fotos que se pierden en un espacio virtual, que ha dado lugar a un fenómeno mucho más difícil de analizar. Lo único que permanece como esencia del gesto fotográfico, entre lo de antes –análogo– y lo de ahora –digital–, es capturar una imagen de nuestro entorno, ahí donde se encuentra nuestro objeto del deseo; ese siempre permanecerá allá afuera para ser capturado acá adentro o acullá en un espacio virtual.

Si las fotos de GS las hubiera tomado en esta época digital, es decir, con mi teléfono celular con su respectivo zoom, y en dónde muchos de mis compañeros de la primaria tendrían cámaras fotográficas en sus mismos “smartfons”, el proceso de análisis sería muy diferente.

Ahora, si nadie te toman fotos, tú mismo te las haces; las famosas y narcisistas *selfies*. La satisfacción se vuelve más efímera, precaria, breve y fugaz; el vacío que se quiere llenar con estas imágenes virtuales, cada vez alcanza para menos y el hueco se hace más grande, puesto que las obsesiones por conseguir representaciones de nuestros objetos del deseo se intensifican exponencialmente, en el sentido de que no sabemos qué ni a quién queremos, pues vivimos saturados de estímulos; por lo tanto, estamos ávidos de imágenes porque nos hemos convertido en un barril sin fondo, en un “hoyo negro”. La facilidad que nos brinda la era digital nos confunde, no nos da reposo para reflexionar lo que vemos, lo que vivimos y lo que quisiéramos preservar en nuestra memoria y en nuestro archivo fotográfico.



ACOSO VISUAL

© rrarro mazos, 2010

De niño tuve una obsesión por una niña muy bella. Lo que quería era obtener algo que ella no me quería dar. Ese era mi mayor estímulo. Desafortunadamente nunca me pude acercar a ella, ni con la cámara y mucho menos sin ésta. Tan solo me conformé con utilizar mis ojos como una herramienta que acaricia; ahora, con los telefotos o zooms, el ojo escanea a las personas a larga distancia y a todo placer sin tener el permiso del fotografiado. Freud dijo que la vista *deriva en última instancia del tacto*.¹⁰

En el 2010 hice una serie de seis fotos que denomine “Acoso Visual”. Me encontraba en un cine, tomando un café y esperando que empezara la película para introducirme a la sala. Por razones de trabajo, cargaba una cámara digital muy sencilla, y con un zoom de poco alcance. De repente me percaté que al otro lado del lugar se encontraba una mujer sentada en una banca leyendo un libro. La luz del sol entraba de forma lateral y me pareció que podría hacer un retrato de la escena. Discretamente prendí la cámara, encuadré y le metí todo el acercamiento que el aparato me permitió. Surgió un problema: no pude conformarme con una sola foto, la maravillosa escena con esa preciosa luz... ¡puros pretextos! Yo lo que quería, realmente, era estar cazando a esta chica hasta que se dio cuenta que la estaba fotografiando y, en cuanto pudo, se retiró.

Parece que una mujer no puede estar sola en algún lugar público sentada tranquilamente leyendo un libro, y menos si es mínimamente atractiva o se trate de alguna figura pública, pues llamará más la atención de algún o algunos hombres e incluso mujeres que la quieran ver, observar o poseerla con la mirada, al grado de llegar al extremo de no quitarle los ojos de encima, y si existe la oportunidad de cargar con una cámara

fotográfica con un zoom, que de la posibilidad de acercarse a ella sin que se de cuenta, pues así el *vouyerista* surge y se enaltece.

Los ojos nos permiten “tocarla” desde lejos y sin su aprobación; muchas veces no nos importa incomodar a una persona con nuestra obsesión de poseerla aunque sea de forma ilusoria.

Autonombrarme *paparazi* en la infancia parece tener una connotación negativa; sin embargo, existe una ambivalencia porque también puedo creer que tiene su parte positiva. En México está desvirtuado el trabajo del *paparazi*, en Estados Unidos los *paparazzi* –*paparazzo*– tienen presupuesto, equipo, remuneración económica; esto le brinda una satisfacción al fotógrafo por salirse con la suya.

En la revista en donde trabajo, la situación es muy diferente porque me muevo en un ambiente permisivo. En alguna ocasión he incursionado como fotógrafo de prensa, y la cosa se puso muy difícil por los golpes y la presión oportunista que encuentras en un montón de compañeros fotoperiodistas. Mi proceso fue: de ser niño *paparazi* a un fotógrafo con permiso. No me arriesgo porque ya no tengo necesidad.

Aun así, siguen existiendo riesgos, nunca sabemos cómo y en qué circunstancias se va a fotografiar. Lo que es un hecho es que ya no me ha sucedido lo que me pasó en la primaria. He entendido que ser obsesivo compulsivo me desgasta. Recuerdo una frase de una maestra que tuve en la facultad de psicología de la UNAM, que nos decía: *todo obsesivo compulsivo tiene su calzón cagado*. Esto quiere decir que nunca podremos tener el control de nuestras obsesiones, pues al canalizar toda nuestra energía en un punto,

descuidamos un montón de puntos más que nos rodean. Buscar insistentemente el reconocimiento de los demás, solo nos merma y nos hace añicos. Por lo anterior, por eso me gusta ser un fotógrafo editorialista. La cacería es más fácil y más cómoda; aparte, me permite hacer fotografía de autor, estudiar, leer, tocar música, estar con mi esposa y con mis perros, etc.

Ahora como maestro, veo en muchos alumnos –universitarios– que tienen el mismo problema con el objeto deseado, mostrando muchos problemas para lograr su cometido. Es un error muy frecuente el retratar a alguien viéndolo a través del visor o de la pantalla digital; y la persona que está del otro lado no puede vernos a los ojos porque estamos enmascarados con el aparato, ya sea una cámara réflex o un teléfono celular; por lo tanto, no podemos mantener contacto visual y eso hace que existan miles de pseudofotógrafos, porque la cámara los protege. Parece que todo esto es una característica necesaria para ser fotógrafo y como ya somos tantos en este mundo, pienso que vivimos en un mundo carente de protección.

Los productores y vendedores de aparatos fotográficos, así te venden la idea. La cámara se convierte en la extensión de los ojos y en un sustituto de la memoria. Puedes estar lejos y enfocar la chichi de una mujer a gran distancia o el gesto malvado de un político de la oposición. Ahora imagínense este artificio en manos de un niño *paparazi*. Yo no sé que me habría pasado en la primaria. Posiblemente hubiera desarrollado otro tipo de artificio que me hiciera sobresalir. Por ejemplo, hacer payasadas. Quiero imaginarme a GS riéndose y divirtiéndose conmigo en un recreo con el riesgo de acabar, los dos, en el salón de castigados. Y tal vez, actualmente no sería fotógrafo o difícilmente. Si esto

hubiera ocurrido, seguramente estaría ejerciendo alguna otra profesión del otro lado de la cámara.

Entonces el niño paparazi se convierte en una forma de vida, en una forma de relacionarse, en una forma de obtener, aunque sea de forma momentánea, aquello que llene el vacío, no como un voyeurista que ve una vez y tiene que repetir la mirada mil veces.

Siempre he creído que las fotografías son como un bumerang. Las fotos de GS llevan guardadas en un álbum más de 40 años. No podría decir que ya no significan lo mismo que en un principio. Un bumerang es un arma que, al arrojarla, posee la cualidad de volver al punto de donde se arrojó; también se puede interpretar como un acto de hostilidad que daña a su propio autor; en este caso, dicho punto es el mismo fotógrafo.

Cuando una fotografía es tomada por una cámara y después es impresa en un soporte físico como un papel fotográfico, equivale a haber arrojado el bumerang. Dicha foto la verán muchas personas y, sobre todo, el autor que la hizo. Tarde o temprano el bumerang regresa, y puede hacerlo con mucha velocidad y sorpresivamente, de tal forma que uno no sabe cuándo, pero cuando llega puede darle un golpazo y noquear psicológicamente al fotógrafo. Éste reflexionará sobre la época en que se tomó: hace un año, ayer, hace cien años, y se dará cuenta de que la foto siempre tuvo una razón de ser. ¿Por qué encuadré allá y no acá?, ¿por qué corté el cuello o un ojo?, ¿por qué esta mujer y no la otra? Todo esto siempre tendrá un significado.

¿Por qué elegiste, en vez de la fotografía, ahora un ensayo? ¿por qué tuvo que ser de tu niñez?, y ¿por qué necesariamente de esta niña, cuando pudo haber sido de cualquier otra cosa?

Estas fotos se han convertido en ese bumerang, que me llega y me golpea; por eso necesito escribirlo, es la narración de una historia de mi vida, en la cual quiero entender el mundo que viví en esa etapa de mi infancia y darle un nuevo sentido. El hecho de escribir este ensayo me ha llevado por caminos que nunca pensé encontrar; por ejemplo, estar aquí contigo, entrevistarme personalmente con GS y, sobre todo, aprender que dos miniaturas de fotografías puedan generar tanto significado.

Podría seguir con este ejercicio del bumerang con otras imágenes o, en su defecto, con las mismas de GS. Existen otras personas que podría entrevistar para encontrar diferentes puntos de vista, por ejemplo, mi maestra de la primaria, mis padres, mis amigos y mis hermanos –que también estudiaron en la misma prisión llamada IVC.

No podemos seguir apreciando la belleza en términos absolutos como lo expresaba Safo. *Lo que es bello es bueno, y lo que es bueno pronto será bello.* En nuestros días, siglo XXI, el concepto de lo bello debe ser relativo, porque la belleza solo se encuentra en el ojo de quien observa, en la mente de alguien que construyó su idea a partir de la cultura que le ha forjado sus preferencias, predeterminaciones y convencionalismos. Por lo tanto. *La reacción ante la belleza es un truco del cerebro, no una profunda reflexión*¹¹.

El testimonio de GS, es totalmente lo contrario a lo que la sociedad espera de los niños bonitos o guapos. La realidad me ha enseñado que la señora que conocí, hace unos meses, no cabe en dicha expectativa. Aquí se encuentra la profunda reflexión, no en un estereotipo, no en un paradigma ni tampoco en un prototipo de lo bello, sino en lo que nos hemos convertido, en adultos cincuentones con todo lo que esto acarrea. Nos estamos haciendo viejos y estamos perdiendo la belleza externa, pero quién nos quita lo vivido: nuestra belleza interna.

En vez de haber sido golpeado con la regla de madera del director por haber tenido una relación de noviazgo inocente en la infancia, debí ser castigado o reprimido por acosar durante un año a una niña que no quería ser fotografiada ni tener ningún tipo de relación amistosa conmigo. Esto sí que es una paradoja: no se puede tener novia, pero sí se pueden tomar fotografías a pesar de que a los sujetos fotografiados no les parezca y no lo permitan. Por lo anterior, veo claramente una correlación entre la fotografía y la sexualidad; entre lo permitido y lo prohibido, y entre el eros y el tanatos.

Hay un autor que me permite pensar muchas cosas: Edgar Morin¹², que maneja una teoría denominada “El Pensamiento Complejo”. Trae esta idea de que no hay nada que podamos explicar desde un solo ángulo. El problema de la complejidad ha pasado a ser el problema de la vida y el vivir, el problema de la construcción del futuro y la búsqueda de soluciones a los problemas contemporáneos. En palabras de Morin, cuando se habla de complejidad «...Se trata de enfrentar la dificultad de pensar y de vivir». Entonces este niño paparazi, enamorado de la niña más bonita de la escuela, y que es la base del adulto fotógrafo, no se podría entender si no consideramos algunas cosas de las que hablamos acá, de la infancia, del papá, de la mamá, de la cámara, el deseo por la niña, por aquel vacío que quería llenar, por eso que deseaba y quería obtener, aquel niño que actuaba de manera retadora, tal vez por ocultar cierto perfil de timidez, que quería llenar esa fragilidad, para no mostrar los ángulos delicados o puntos débiles. Finalmente, lo anterior conformó todo esto. No solo es un dato anecdótico, en cuanto a la descripción fenomenológica. GS se ha convertido en el pretexto para entender eso que sintió, eso que deseó, y eso que formó al personaje principal de tu ensayo, es el infante paparazi.



GS en color

rrarro mazos, 1971



GS en blanco y negro

rrarro mazos, 1971

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ETCOFF, Nancy. *La supervivencia de los más guapos. La ciencia de la belleza*, Debate, Barcelona, 2000.

SANZ, Fina. *La Fotobiografía. Imágenes e historias del pasado para vivir con plenitud el presente*, Kairós, Barcelona, 2007.

REFERENCIAS INTERNET

Robert Capa: en <http://www.fotonostra.com/biografias/robertcapa.htm> [última consulta: 22/05/2014]

Richard Avedon: en <http://www.buscabiografias.com/bios/biografia/verDetalle/511/Richard%20Avedon> [última consulta: 22/05/2014]

Edgar Morin, *El pensamiento complejo*. en <http://www.edgarmorin.org/> [última consulta: 21/05/2014]

NOTAS

¹ Robert Capa: en <http://www.fotonostra.com/biografias/robertcapa.htm> [última consulta: 22/05/2014]

² Charles Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex*, Princeton University Press, Princeton, 1981, pp. li, 354 en Nancy Etkoff, *La supervivencia de los más guapos. La ciencia de la belleza*, Debate, Barcelona, 2000, p. 13

³ Etkoff. *Op. Cit.*, p.16

⁴ **Richard Avedon:** en <http://www.buscabiografias.com/bios/biografia/verDetalle/511/Richard%20Avedon> [última consulta: 22/05/2014]

⁵ Etkoff, *Op. Cit.*, p. 50

⁶ M. M. Clifford y E. Walster, nota de investigación, *The effects of physical attractiveness on teacher expectations*, *Sociology of Education*, núm. 46, 1973. Pp. 248-258 en Etkoff, *Op. Cit.*, pp. 57-58

⁷ Etkoff, *Op. Cit.*, p. 44

⁸ Dr. Alejandro Campos. Entrevista realizada en la Ciudad de México el 28 de abril de 2014.

⁹ Fina Sanz, *La Fotobiografía, Imágenes del pasado para vivir con plenitud el presente*, Kairós, Barcelona, 2007. p. 69

¹⁰ Sigmund Freud, *Obras completas, tomo II, Tres ensayos para una teoría sexual*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1996. p. 1184

¹¹ Etkoff. *Op. Cit.*, p. 254

¹² Edgar Morin, *El pensamiento complejo*. Morin ve el mundo como un todo indisociable, donde nuestro espíritu individual posee conocimientos ambiguos, desordenados, que necesita acciones retroalimentadoras y propone un abordaje de manera multidisciplinar y multirreferenciada para lograr la construcción del pensamiento que se desarrolla con un análisis profundo de elementos de certeza. Estos elementos se basan en la complejidad que se caracteriza por tener muchas partes que forman un conjunto intrincado y difícil de conocer. En <http://www.edgarmorin.org/> [última consulta: 21/05/2014]